

de hombre de Estado de grandísimo talento. Con su inteligencia y talento de observación asombrosos, y con su estancia prolongada en la corte de Diocleciano antes y después de la persecución de los cristianos, había tenido sobrado tiempo y medios para formar juicio exacto de la política religiosa que convenía adoptar como la más acertada y finalmente ineludible respecto del cristianismo y de los cultos antiguos. Comprendió claramente que la religión romana antigua, á la cual pertenecía la inmensa mayoría de los súbditos del imperio, había cesado, por lo irracional é insustancial, de servir de sosten al Estado, el cual por otra parte con todos sus recursos, hasta los más brutales, no había podido vencer al cristianismo. La caducidad de la religión antigua era tan evidente como la imposibilidad de destruir á la cristiana. Además Constantino conoció, y esto le eleva intelectualmente por encima del gran número de paganos tolerantes y benévulos de su tiempo, que el porvenir era del poder invencible de los cristianos, que desde mucho tiempo habían dejado de formar una simple comunidad piadosa. Tan arrojado como penetrante y sagaz, resolvió no aguardar con una



Maxencio

tolerancia forzada á que aquella religión, llegando á encontrar estrecho el Estado en el cual se movía, lo hiciera estallar como cáscara opresora y se levantara como dueño absoluto sobre sus ruinas. Por tanto, se puso á la cabeza del nuevo movimiento irresistible con una decisión grande y heroica. Aliándose con la Iglesia podía esperar que usando de prudencia al mismo tiempo que de energía, la haría servir de instrumento para la consolidación y revivificación del imperio, que tan visiblemente caminaba á su desmembración, ya que la iglesia cristiana era, después del ejército, el poder intelectual más vivo, más compacto y unido, mejor organizado y más vigoroso que existía en aquella época. Estas fueron las ideas que determinaron á Constantino á promulgar el edicto de Milán y que inspiraron su política en adelante.

Los dos emperadores, Constantino y Licinio, celebraron entrevistas en Milán y estrecharon su amistad con el matrimonio de Licinio y la princesa Constancia, que se solemnizó con las fiestas públicas de costumbre. Al propio tiempo rompieron ambos con el ex-emperador Diocleciano, que vivía retirado en Salona, al cual habían acudido sus diferentes sucesores en ocasiones difíciles para solicitar su consejo. También lo habían solicitado Constantino y Licinio, á cuyo fin habían invitado al anciano á una entrevista en Milán; pero Diocleciano, que sabía muy bien con quiénes trataba, rechazó la peligrosa invitación. Por una parte no era nada halagüeña para él una situación en que quedaba destruido el sistema de sucesión que tanto trabajo le había costado establecer, y por otra parte, no ignoraba que tratándose del interés político, ninguna consideración de gratitud ni de veneración habían de guardarle ni Licinio ni Constantino. Este último, sin tener en cuenta el afecto que le había profesado Diocleciano, se había permitido observaciones maliciosas, tratando de rebajar el mérito del viejo emperador. También sabía Diocleciano la tirantez que existía entre Licinio y Maximino, su sucesor directo en Oriente, en cuyo poder

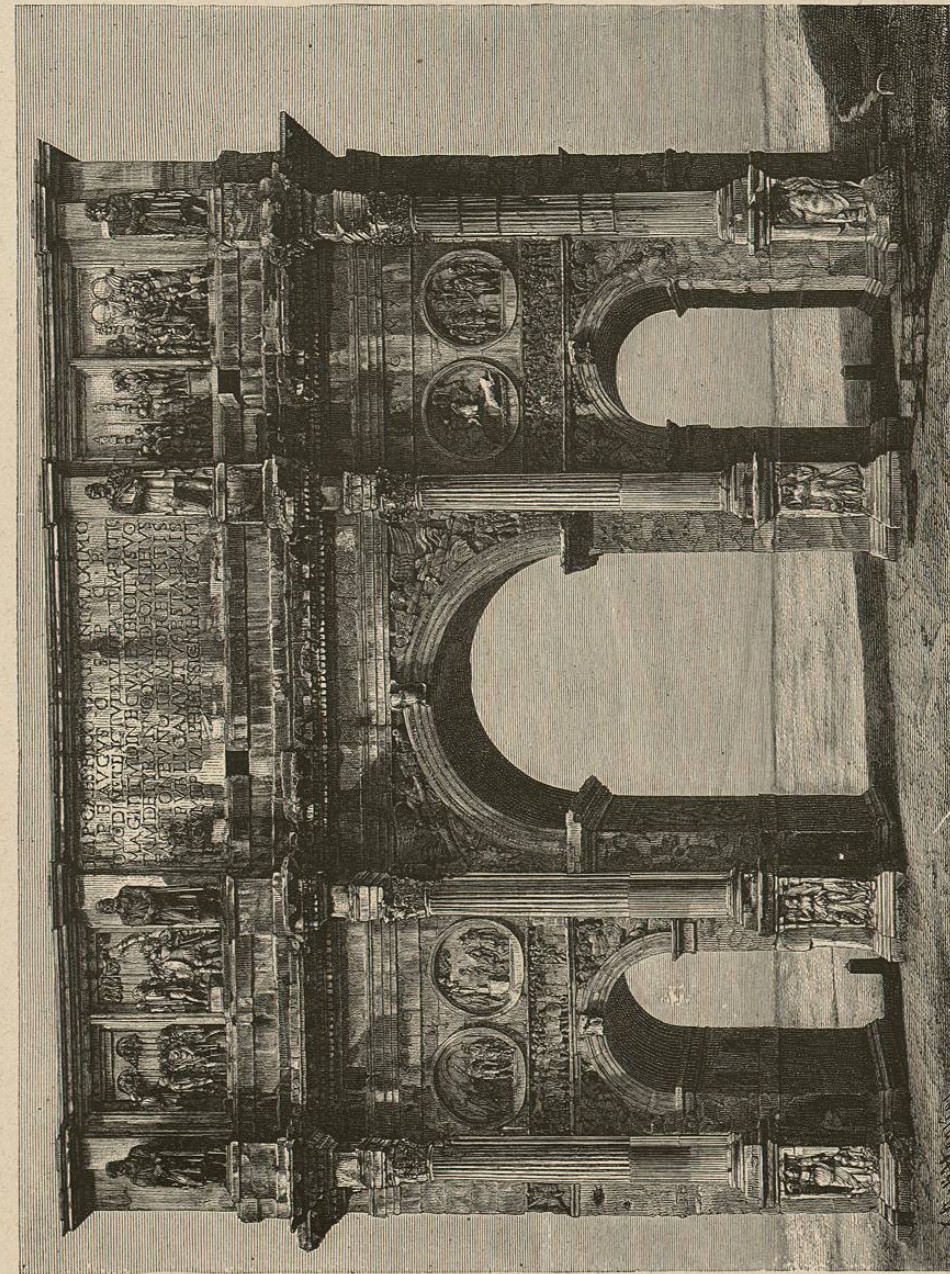
estaban todavía las princesas Prisca y Valeria y con el cual simpatizaba al parecer, por ser como él adversario de los cristianos. La conducta de Diocleciano irritó á Licinio, que temía que el viejo emperador retirado tomara en un momento decisivo el partido de Maximino, el cual había solicitado la mano de la viuda de Galerio. Sin embargo, Licinio ignoraba que la viuda de Galerio no estaba en ánimo de pasar á segundas nupcias con Maximino. La consecuencia de todo esto fué que Licinio y Constantino enviaron á Diocleciano una carta llena de amenazas, y Constantino hizo derribar y destruir en todos sus dominios los bustos y estatuas tanto de Diocleciano como de Maximiano. En el verano del mismo año 313 murió Diocleciano, y se ha sospechado siempre que el profundo disgusto que amargó su vejez le hizo apresurar voluntariamente su muerte. Sus restos fueron depositados en el mausoleo que con este objeto había mandado construir y en un sarcófago en cuyo exterior estaba representada en relieve la caza del jabalí de Calidonia en el momento en que Meleagro arroja su venablo á la fiera; relieve que recordaba la escena decisiva de su vida, en que adquirió el imperio. Constantino permitió que el Senado en Roma declarara divino al difunto, y esta fué la postrera apoteosis pagana de un emperador.

Poco después se rompieron las hostilidades entre Licinio y Maximino, que concluyeron con la victoria del primero y la muerte del segundo. Esta guerra fué en realidad la decisiva entre la nueva era en materia de religión y la antigua pagana, en la cual no tomó parte directa Constantino, que desde Milán había regresado á Tréveris.

Maximino, con arreglo á lo convenido con Galerio, había publicado también en el año 311 un edicto suspendiendo la persecución de los cristianos, pero solo por seis meses, pasado cuyo término se había prestado muy solícito á las exigencias de los fanáticos de sus dominios, sacerdotes, magos y autoridades municipales, que pedían la renovación de las persecuciones. Desde entonces habían vuelto á repetirse todas las vejaciones anteriores, los destierros, mutilaciones y hasta ejecuciones capitales de los cristianos. Además Maximino, pensando utilizar para la guerra la influencia del clero pagano, trató de darle una organización jerárquica. Cuando Constantino y Licinio exigieron que también publicase en sus Estados el edicto de Milán, no se atrevió á oponerse, pero lo hizo en una forma que le reservaba su libertad de acción.

Así estaban las cosas cuando Maximino se convenció de que sus dos cuñados meditaban su ruina; y entonces, como hombre resuelto que era, decidió proceder con rapidez y energía. Antes de concluir el invierno salió de la Siria con un numeroso ejército, atravesó el Asia Menor y el mar de Mármara y desembarcó con sus fuerzas cerca de Pirinto en la Tracia, donde se encontró con las que Licinio había reunido á toda prisa. Entre la citada ciudad y Adrianópolis se dió la batalla en 30 de abril de 313. Maximino sucumbió ante la táctica superior, y quizás también ante la mayor popularidad de Licinio, al cual se pasó una parte de su ejército. Maximino huyó y no paró hasta Capadocia, donde ocupó los desfiladeros del Tauro para detener allí á su enemigo y ganar tiempo, á fin de reunir un nuevo ejército en las provincias del Sudeste; pero cuando estaba ocupado en esta tarea cayó enfermo y murió, en el mes de julio del mismo año, después de haber tratado de granjearse el afecto de los cristianos del Oriente con una ley más favorable todavía que el edicto de tolerancia que Licinio se había apresurado á publicar á su paso por Nicomedia, en su marcha en persecución de su rival.

Con la muerte de Maximino quedó Licinio dueño de toda la mitad oriental del imperio romano, pero también manchó



Arco de Constantino, en Roma

su victoria de la manera mas inicua. Para desembarazarse de una vez de todo competidor, hizo degollar en Nicomedia á todos los miembros de las familias de Galerio, Severo y Maximino, sin perdonar ni á los niños pequeños; y como las princesas Prisca y Valeria habian conseguido huir á tiempo, no paró hasta saber su paradero, y en el año 314 las hizo prender en Tesalónica, donde fueron decapitadas. No disfrutó mucho tiempo de su triunfo, manchado con tanta sangre, porque sucedió pronto lo que no podia menos de suceder: el conflicto con su colega Constantino, tan brutalmente ambicioso como él.

Constantino, de regreso á la Galia, encontró á los francos reunidos en grandes masas en el Bajo Rhin y á punto de invadir el territorio romano. Marchó, pues, contra ellos sin dilacion y con una hábil estrategia logró derrotarlos completamente. Asoló su territorio, y segun su infame práctica, volvió á destinar una parte de los prisioneros á ser pasto de las fieras en el circo de Tréveris. Pacificada la frontera, ocupóse arduamente en llevar á cabo reformas interiores durante un gran número de años, con interrupciones como la del año 314, en que tuvo guerra con Licinio.

Los motivos que originaron este conflicto fueron al parecer, en primer lugar, la codicia de Constantino, que queria ensanchar sus dominios á costa de Licinio, y luego una intriga misteriosa y sangrienta de familia que indujo á Constantino á quitar la vida á su cuñado Basiano, pariente de Licinio y casado con Anastasia, hermana segunda de Constantino. No contento con esta venganza quiso perder tambien á Senecio, hermano de Basiano, comprometido en el mismo asunto, pero que se hallaba bajo la proteccion de Licinio. Este se negó á entregarle cuando Constantino lo reclamó, lo cual dió lugar al conflicto. La ruptura se hizo efectiva cuando Licinio, segun uso de aquellos tiempos, mandó derribar las estatuas de Constantino en la ciudad de Emona, que habia vuelto á formar parte de la Panonia desde que Diocleciano habia fijado por frontera de Italia la cresta de los Alpes.

En vista de este ultraje, Constantino, con su habitual impetuosidad, se puso en marcha á la cabeza de 25,000 soldados escogidos y penetró directamente en la Iliria, donde encontró á su contrario entre los rios Drave y Save, cerca de Cibales, hoy Sevillei ó Svilaja, al Sur de Mursa y á diez y seis horas al Noroeste de Sirmio. Allí se libró en 8 de octubre del año 314 la batalla mortífera que duró todo un dia. Licinio tenia 10,000 hombres mas que Constantino; pero éste con su táctica superior consiguió al fin derrotar á los valientes ilirios. Licinio se retiró á toda prisa á Sirmio, donde nombró César á Valente, el gobernador general de la Mesia Alta. Mientras Valente quedó encargado de las operaciones, corrió Licinio á la Tracia para reunir allí un nuevo ejército. Constantino le siguió, arrollando todos los obstáculos, y llegó hasta cerca de Filipópolis, donde se entablaron negociaciones entre los dos co-emperadores; pero no pudiendo llegar á entenderse, echaron mano á las armas. Entre la ciudad citada y Adrianópolis tuvo efecto la batalla, en la cual Constantino quedó vencedor; pero la resistencia del enemigo habia sido tan tenaz que prefirió contentarse con una paz en condiciones equitativas. Esta paz añadió á sus dominios la Nórica, la Panonia, la Mesia Superior, la Dalmacia, la Macedonia y Grecia; dejando á Licinio la Tracia, la Mesia Inferior y las provincias asiáticas. El César Valente perdió su nueva dignidad, porque Constantino de ningun modo quiso consentir un tercer gobernante supremo. Créese que entre otros jefes germanos de que se sirvió Constantino en esta batalla, no obstante la crueldad con que sacrificaba en las funciones del circo á una parte de los francos prisioneros, le prestó el franco Bonit notables servicios.

En el largo período de paz que siguió á esta guerra (hasta el año 323) dedicóse Constantino á trabajos que fueron trascendentales bajo muchos conceptos y decidieron el carácter del resto de su reinado. Cúpole la gloria de llevar á cabo la reforma monetaria principiándola en el año 312. Acabó de una vez con la confusion de tanto valor diferente en las monedas de oro, y restableció la confianza en las transacciones mercantiles acuñando monedas de ley y de peso cabal, instituyendo por norma la libra de oro; y como esta moneda habia de ser forzosamente incómoda, creó en su lugar el *sólido de oro*, del cual entraban 72 piezas en libra, es decir, que cada uno pesaba 4'55 gramos y valia en nuestra moneda 15'88 pesetas; la acuñacion de esta moneda fundamental, su ley y su peso eran tan perfectos como podian serlo, y estos caracteres que se extendieron á las demás monedas fueron conservados por todos los emperadores sucesivos, sin exceptuar los bizantinos, durante siglos. De las monedas de plata conservó Constantino solamente el denario de Diocleciano, que no se abolió hasta el año 360. Para ajustar la moneda de plata á la nueva de oro, creó el miliario ó *miliarense*, que representaba el valor de un milésimo de la libra de oro y entraban 13'9 en el sólido de oro, siendo su valor en nuestra moneda 1'15 de peseta.

En la administracion civil y militar introdujo Constantino varias modificaciones, pero siguiendo el sistema establecido por Diocleciano, que perfeccionó y que del modo que él lo dejó se conservó casi intacto durante muchos siglos. De estas modificaciones hablaremos mas especialmente al tratar del gobierno de Constantino en su período de emperador único. Por ahora continuaremos narrando sus hechos políticos, y especialmente su conducta respecto de la Iglesia. Aquéllos ofrecen poco interés en este período de paz, y solo merecen mencion, y esto puramente bajo el punto de vista anticuario, las fiestas que celebró con ocasion del décimo aniversario de su reinado, en el año 316, á cuyo fin se trasladó á Roma, donde el Senado habia levantado en su honor varios monumentos, que en parte bien conservados y en parte en ruinas, nos ilustran sobre el estado del arte romano en aquel tiempo. Maxencio, aficionado á edificar, habia hecho construir entre otras obras, dos monumentales, un circo, extramuros de la ciudad junto á la Via Apia, llamado al parecer de Rómulo, del nombre de su hijo, y una gran basílica en el Monte Velio, de la cual existen todavia imponentes ruinas. Ambas construcciones son notables bajo el punto técnico por la extraordinaria fuerza de la mezcla que une las piedras y por la creciente decadencia de la obra de ladrillería. Los romanos, deseosos de borrar la memoria del terrible hijo de Maximiano, tan pronto como estuvo concluida la basílica, en el año 315 ó despues, la consagraron, lo mismo que otras construcciones de Maxencio, bajo el nombre de su nuevo amo Constantino, y el Senado erigió en su honor, apenas hubo muerto Maxencio, un arco de triunfo entre el Palatino y el Coliseo, que fué estrenado cuando Constantino hizo su entrada en Roma en 316 para celebrar el décimo aniversario de su reinado. Este arco triunfal, que existe todavia en buen estado de conservacion, mide 25'70 metros de ancho, 7'40 de fondo y 21'00 de alto; tiene tres arcos, de los cuales el del centro tiene 6'58 metros de luz por 11'50 de alto, y cada uno de los dos laterales respectivamente 3'36 y 7'40. Cada una de las dos fachadas grandes tiene cuatro columnas colocadas sobre pedestales cuadrados de 3'65 de alto y 1'80 de lado, adornados de relieves en los lados visibles. La idea arquitectónica del conjunto es mucho mas bella que la del arco de Septimio Severo. Los relieves representan escenas guerreras de la vida de Constantino, especialmente de la última batalla cerca de Roma, pero señalan tambien una